

cho; aniquiló ó trastornó el bien que habia hecho; suprimió, anuló, desterró, encarceló é hizo pesar cada dia mas su despotismo en el clero, el cual se le hizo sospechoso desde el momento que empezaron sus desavenencias con el sumo Pontífice.

1808.

—El 2 de febrero, entran las tropas francesas en Roma. Apenas habian trascurrido tres años desde el ejemplo de condescendencia que habia dado el sumo Pontífice. Habia este tentado ganar para la religion por medio, de un módico sacrificio, el corazon de un hombre poco sensible á los beneficios por su altivez; y habia regresado á Italia con el dolor de no haber podido sacar ningun partido sólido de un paso que le habia de haber costado tanto. Poco tardó á ofrecerle nuevos motivos de inquietud el mismo á quien acababa de obligar de una manera tan gratuita; pues hizose Napoleon coronar rey de Italia; aumento de poder, que en un hombre de tan manifiesta ambicion, no podia menos de acarrear alguna alarma á la corte de Roma, la cual ora por sus intereses temporales, ora por sus derechos espirituales, no podia sentirse indiferente á la situacion política de la Italia. La invasion de Ancona, ejecutada en el seno de la paz, acabó de aumentar estas zozobras de por junto con la con-

quista de Nápoles, arrebatado á la casa de Borbon y dada á un hermano del moderno emperador, y la ocupacion de todo el territorio veneciano á consecuencia del tratado de Presburgo. Hallábase con esto el Papa enteramente á la merced de un vecino poderoso y susceptible, y sus reducidos dominios, recortados por todas partes, se veian constantemente atravesados en todos sentidos por tropas extranjeras, que permanecian en ellos á sus anchuras, viviendo á espensas del pais y de los habitantes, agoviados con tanto pecho, ó de la cámara apostólica, reducida por efecto de las circunstancias á muy mesquinas rentas. Tenia ademas que deplorar el soberano Pontífice el desapropio de las iglesias de Italia, y el estado de servidumbre en que se veia el clero del pais, lo mismo que el de Francia. Por último hartos motivos tenia para afligirse del estado de la Iglesia de Alemania, de deplorar la destruccion del Imperio germánico, y las consecuencias desagradables que acarreaban á la religion tantas mudanzas y sacudimientos, y de sentirse inquieto de las exorbitantes pretensiones de un hombre que se creia y llamaba altamente á sí mismo el sucesor de Carlo-Magno; que queria reinar en esta calidad en Italia y en Alemania como estaba reinando en Francia, y que trataba á los príncipes de estas comarcas como si hubiesen sido sus vasallos y tributarios. Seriamente pedia al Papa que se asociase á la confederacion del Rhin, y exigia que se cerrasen los puertos de Ancona y

Civita-Vecchia á los Ingleses. La negativa de Pio VII sobre acceder á sus demandas y á la consagracion del nuevo rey de Nápoles llenó de irritacion á un hombre que no podia tolerar la oposicion á sus mandatos. Graduó de criminales las relaciones de la corte de Roma con la casa de Austria y el interés que conservaba todavía para con Fernando IV, contra cuyos crímenes levantó tanto mas la voz, cuanto menos razon tenia; y en vez de conceder al Papa las peticiones que le habia hecho, le dirigieron otras que tendian todas á la disminucion de su autoridad espiritual y temporal. Queríase que se aunase con ese sistema continental, que no era sino el sistema de una ambicion insensata, y que hiciese con el autor de este sistema una liga ofensiva y defensiva. Vanamente representó el soberano Pontífice que, tanto por deber como por inclinacion, le convenia permanecer neutral en las guerras que estaban desgarrando la Europa entera; vanamente ofreció todos los arreglos que creyó conciliables con su dignidad ó los intereses de la Iglesia: todas sus representaciones y ofertas no hallaron sino profundo desden de parte de un déspota arrogante y absoluto, el cual solo estaba buscando pretextos para una próxima ruptura. De aquí es que dió una orden para que avanzasen sus tropas contra Roma, fingiendo sin embargo que solo entrarian en ella como de paso para Nápoles. Mas el 2 de febrero de 1808 entraron en la capital del mundo cristiano, desarmaron la guardia en el puerto del Popolo,

se apoderaron del castillo de San-Angelo, y hasta se presentaron con algunas piezas de artillería delante del palacio Quirinal, donde residia el Papa. Tal fué el primer acto de hostilidad, y como el primer anillo de esa cadena de ultrajes y de violencias que vamos á ver sucederse con rapidez. Participóse al Papa que, á consecuencia de haberse negado á las proposiciones que se le habian dirigido, sus Estados iban á quedar en poder de los Franceses. Seis cardenales, originarios del reino de Nápoles, recibieron la orden de marcharse á este pais dentro de veinticuatro horas, y efectivamente cuatro de estos fueron allá acompañados por una escolta. Tomó el general francés la direccion del correo, se apoderó de la imprenta, é incorporó las tropas romanas en las suyas; y, habiéndose resistido á estas disposiciones el coronel Bracci, lo encerraron en el castillo de San-Angelo, y despues lo desterraron. Durante el mes de marzo, otros cardenales, en número de catorce, tuvieron tambien que abandonar la capital, y se los condujo á las poblaciones de Italia donde hubiesen nacido; sin que dejasen de resentirse de semejantes medidas todos los que ocupaban empleos en el gobierno de S. S. Por los mismos dias se trasladó á Modena á los cardenales napolitanos á quienes se habia hecho salir anteriormente. Pio VII se vió en la precision de elegir nuevos ministros; no conservó mas que los títulos á sus antiguos, y no nombró sino vicarios; protestando contra todas las violencias que se es-

taban ejerciendo sobre sus súbditos. Retirado en su palacio, no tomaba parte en nada de lo que ejecutaba el usurpador; no se presentó mas en público, é hizo constar con este acto de cautiverio la violencia que estaban ejerciendo contra él. El resto de este año fué una serie nunca interrumpida de injurias y vejaciones. El 27 de marzo, una orden del dia del general francés notificó á las tropas pontificales que para lo sucesivo no recibirían ya mas órdenes ni de los sacerdotes ni de las mugeres. Reconocióse por la grosería de este ultraje el lenguaje insultante de aquel que se complacia en sus boletines en injuriar á todas las potencias y en deshonrar á los mas augustos personajes. A 2 de abril dióse un decreto, mandando reunir al reino de Italia las provincias de Urbino, de Ancona, de Macerata y de Camarino. En otro decreto del mismo dia se mandó confiscar los bienes de los cardenales, prelados y demas que no se fueran al lugar de su nacimiento. El 17 de abril se desarmó la mayor parte de la guardia del Papa, y se metió en un castillo á los nobles de esta guardia. El gobernador de Roma, Guidobono Cavalchini, se vió desterrado de Roma y confinado á Fenestrelle á causa de su fidelidad á su soberano. El 11 de junio, entraron algunos oficiales franceses en el apartamento del cardenal Gabrielli, prosecretario de Estado: echaron el sello sobre sus papeles; colocaron un centinela de vista, é indicaron á este cardenal que saliese dentro el término de dos dias para su obispado de Sinigaglia. Esta vio-

lacion del derecho de gentes en la persona de un ministro provocó nuevas é inútiles reclamaciones de la parte del Papa.

— El 8 de abril, breve del Papa Pio VII, erigiendo el obispado de Baltimora en metrópoli, y creando cuatro obispados sufragáneos en los Estados- Unidos. Reclamando estaban estas medidas los progresos de la religion en estas partes del Nuevo-Mundo, cuyo clero católico los solicitaba con ardor. Grandes eran los crecimientos que habia hecho Baltimora, y el número de sus católicos se habia aumentado á proporcion. Créese en efecto que ascienden á doce ó quince mil. Los nuevos obispados que se establecieron para los Estados- Unidos fueron los de Nueva-York, Filadelfia, Boston y Beardstown en el Kentucki. Nombró el Papa el mismo dia, para llenar estos destinos, al padre Lucas Concanen, dominico irlandés, desde mucho tiempo establecido en Roma, al padre Miguel Egan, franciscano irlandés, misionero en Filadelfia; á Juan Cheverus y á José Benedicto Flaget, sacerdote de la congregacion de San Sulpicio; estos dos últimos eran franceses, y desde mucho tiempo residian en los Estados- Unidos. El padre Concanen fué consagrado en Roma, á 24 de abril, por el cardenal Antonelli, prefecto de la propaganda, y se dispuso luego para marcharse á su obispado, y llevarse ademas el *pallium* para el señor Carroll, nombrado arzobispo. Mas los disturbios de Italia impidieron su partida, y falleció en Nápoles sin

haber podido irse á su diócesis. El nuevo arzobispo de los Estados-Unidos consagró allí mismo á los otros tres obispos, asistido del señor Neale, obispo de Corinto, su sufragáneo desde 1800. Verificóse esta ceremonia en el mes de octubre y de noviembre de 1810. Aprovechóse esta reunion de prelados para redactar en diez y ocho artículos reglamentos fechados á 13 de noviembre de 1810, los cuales estatuan acerca de muchos puntos relativos á la administracion de sus iglesias. Fuéronse inmediatamente los nuevos obispos á sus diócesis, harto pobres de sacerdotes, los cuales acaso no ascienden á ochenta en todo el territorio de los Estados-Unidos. Con todo parece que el obispo de Beardstown ha conseguido ya establecer un pequeño seminario. Ha visitado el Kentucki, y ha administrado el sacramento de la confirmacion. Habia en este Estado un convento de dominicos; el de trapistas que se habia establecido tambien en él no pudo subsistir. En 1814 nombró Pio VII para el obispado de Nueva-York á Juan Cunelly, religioso dominico, el cual fué consagrado en Roma en esta calidad á 6 de noviembre. Ya se habia erigido anteriormente Nueva-Orleans en obispado durante el reinado de Pio VI, y en tiempos en que pertenecia la comarca á los Españoles. Mas habiendo muerto el obispo español, se encargó Carroll de la administracion de la diócesis. Confióla á un sacerdote francés llamado Dubourg, el cual habiendo venido á Europa en 1815, fué promovido por el Papa á este obispado, con-

grándole el 24 de setiembre del propio año. Por lo tanto estableciase el obispado de una manera sólida en estas comarcas apartadas, donde cuarenta años atrás se hallaban tan pocos católicos. Hácese hoy día ascender á doscientos veinte mil á los que se han reunido en congregacion; mas por ventura hay un número tres veces mayor, si se cuentan los que se hallan dispersos en los parages donde no hay sacerdotes, y donde de consiguiente faltan los ejercicios de la religion. Aguardando están estos últimos celosos misioneros que vayan á instruirlos é impedir que pierdan completamente su fe. Muchos sacerdotes europeos han ido sucesivamente á esos paises, y es de esperar que la libertad de que está gozando allá la religion, llame todavía á muchos otros.

— El 10 de abril, decreto de la congregacion de los ritos, declarando *venerable* á María Clotilde de Francia, reina de Cerdeña. No parece sino que la divina Providencia quiso honrar de un modo brillantísimo, hasta á los ojos de los hombres, á aquellos á quienes experimentaba por medio de grandes tribulaciones, puesto que por ella se manifestaban grandes ejemplares de virtud en una familia proscrita y sumergida en las mas terribles catástrofes. Ya Luis XVI habia dado pruebas en su carcel y su muerte de lo que es capaz el valor que inspira la verdadera y profunda piedad. Madama Isabel habia hecho admirar su desprendimiento, su paciencia y su resignacion la mas heróica. Madama Clotilde, hermana de los referidos, no pareció sobrevivirles

sino para presentar con una larga serie de contratiempos el espectáculo de una virtud superior á la desdicha. Nacida esta princesa en Versalles en 1759, habia casado en 1775 con el príncipe de Piamonte, hijo de Amadeo III, rey de Cerdeña; llevóse en su corazon, con la bondad de su caracter, las inclinaciones piadosas y las calidades apreciables que habia heredado del sabio delfin y de su escelente esposa. Vivamente se resintió de los desastres de su familia, del destierro de sus hermanos, del fin horrible del gefe de su casa, y del suplicio desgarrante de su hermana, de este angel de paz, á quien ni el mismo crimen no tenia nada que echar en rostro. Poco tardó la revolucion á alcanzarla en sus furores, y no parecia sino que solo habia llegado al trono para ser precipitada de él luego que lo hubiese obtenido. Los enemigos de los Borbones no pudieron consentir que reinase la hermana de Luis XVI. Arrojada de la capital, anduvo errante por la Italia durante algunos años, con el rey su esposo; dando en todas partes el ejemplo de una piedad ferviente, de una caridad, de una paciencia, de un desprendimiento, de una abnegacion, que, puestas en una persona de su rango, parecian todavía mas asombrosas. Por último falleció en Nápoles, á 7 de marzo de 1802, penetrada de los mas profundos sentimientos de amor á Dios. Pio VII, que habia sido testigo de sus virtudes, no solo cedió á los votos de su propia opinion, sino á los de toda la Italia, ordenando instruir la causa

de su beatificacion, y declarándola *venerable*. Grande fué el regocijo de los amigos de la religion y del trono, cuando vieron conferidos estos honores á una princesa de una sangre que les era tan preciosa. Háse publicado en París, en 1806 el *Elogio histórico* de esta reina.—Otro decreto, dado á 19 de marzo anterior, habia declarado que constaba que la hermana Ines de Jesus, religiosa dominica, muerta en Saint-Flour, á 19 de octubre de 1634, habia practicado las virtudes en un grado heróico, y que se podia proceder á la discusion de cuatro milagros. Háse dado tambien á luz su vida, la cual no hace mucho ha sido reimpressa.

—Los 5 y 6 de mayo, abdicacion forzosa de dos reyes de España. Este estraño acontecimiento es tambien un resultado de la política de un hombre insaciable de dominio. Dos grandes iniquidades estaba consumando este año; de suerte que su conducta en España, podia disputar en perfidia en ingratitude y alevosia, á la que habia guardado con respecto al gefe de la Iglesia. Dos años hacia que el ministerio español iba siguiendo una política debil y contemporizadora, habiéndose aliado sucesivamente con todos los gobiernos que dominaron en Francia. La influencia de un hombre, que de simple guardia de corps se habia elevado á las primeras dignidades del reino, parecia haber dictado este sistema vacilante, doblegándose la España, por medio de sus consejos, á todas las voluntades de sus exigentes vecinos. Su condescendencia habia sido

todavía mayor desde la elevacion de Bonaparte al consulado. Habíasele abandonado en cierto modo tanto el tesoro como el ejército de España, y habia sido necesario para satisfacer sus demandas reiteradas poner en venta, todos los años, una porcion de bienes eclesiásticos, y comprar su alianza por medio de crecidas contribuciones. Mas no contentándose aun con estos multiplicados tributos formó el proyecto de invadir la España. Faltábanle pretextos para ello; para hallarlos, procuró introducir la zizaña en la familia real. Púsose en inteligencia con un ministro, ciego instrumento de sus voluntades, y logró que se levantara contra el príncipe de Asturias una acusacion de conspiracion contra su padre. Nadie dió crédito á semejante patraña, y todo el mundo se escandalizó al ver que se habia arrestado al heredero del trono. Obligóse á este príncipe á que solicitase una alianza con una familia á quien habia de detestar, y luego se desdeñaron de contestar á esta demanda que habian provocado. Llenábase de terror al mismo tiempo el ánimo de Carlos IV, al cual se insinuaba que se retirase en América. Concluíase á la par con uno de sus agentes (y probablemente sin que lo supiese), un tratado de repartimiento del Portugal, reino que codiciaba tambien la inesplicable ambicion de un hombre dueño ya á la sazón de la mitad de Europa. Sirvió este tratado de pretexto para hacer entrar en España un ejército numeroso, y aunque no debian de entrar mas que

treinta mil, se hallaron bien pronto en este reino ochenta mil. Tomaron sucesivamente estas tropas posesion de las fortalezas de Pamplona, de San Sebastian, de Figueras y de Barcelona. Alarmáronse los Españoles de esta invasion, acaecida en el seno de la paz, y se indignaron contra esta entrada tan astuta como pérfida. Redobláronse sus quejas á la llegada del emisario que vino á proponer abiertamente á Carlos IV que se fuese á América. Observóse que este príncipe estaba haciendo preparativos de viage, exaltáronse los ánimos y el descontento estalló. El odio principal del pueblo recaía sobre el príncipe de la Paz, á quien consideraban como cómplice de todos aquellos atentados. Tumultuó Aranjuez, donde se hallaba la corte ya próxima á partir para Sevilla. El pueblo se creyó en el caso de impedir esta marcha, y desde el 15 de marzo y siguientes, fué ya grandes y notable la efervescencia. Esforzóse el rey en sosegar los ánimos por medio de dos decretos, en uno de los cuales destituía á Godoy de todos sus empleos, y en el otro desvanecía los rumores de su cercana partida. Mas estos decretos no hicieron ningun efecto, pues el tumulto fué creciendo todos los dias, y el día 18, atacó la multitud el palacio de Godoy, el cual fué preso. El 19, espantado el rey, y cansado de una autoridad que le hacian menos llevadera su edad, sus achaques y la crisis presente, tomó la resolucion de abdicar en favor de su hijo. Al recibir esta noticia el pueblo de Madrid llegó al colmo